
Pedrantiga: "La deuda"

© *José Puentes, enero de 2007*
es.humanidades.literatura

En una noche inacabable de viento nordés el último jirón de niebla desapareció de la ciudad y las calles brillantes comenzaron mudar el rocío por la escarcha invernal. A los murmullos apagados de las piedras y a los quejidos mimosos de los gatos los relevaron el gorgoteo de los pichones en los aleros, el chirriar agudo de los carritos de los repartidores de periódicos y el caminar resbaladizo de los trabajadores de guardia que buscaban el descanso en sus hogares. En el ambiente no había más olores que la fragancia a pan fresco de los hornos de leña o el aroma a café y lejía de los bares madrugadores. Ventaja de ser barrio viejo y apartado, libre de semáforos, bocinas y escapes malolientes.

Como todos los trece de febrero sin nubes, un rayo de sol del alba golpeó en la cúspide del tejado y la cara burlona de cerdito que hacía de remate pétreo relució con un tono anaranjado. Durante el invierno la mole del Pazo del Conde impedía que la luz directa del amanecer iluminase la fachada de la Casa de las Mozas, sede en Pedrantiga de la Agencia Tributaria. Pero a partir de esa fecha, has-

ta septiembre, el sol conseguía elevarse lo suficiente por encima del sombrío palacio neoclásico.

Durante tres siglos la vieja casona, construida extramuros, había vivido aislada entre campos y huertos a la vera del viejo Camino Portugués, ocultando en las sombras nocturnas las visitas de hidalgos y villanos a las inquilinas del inmueble. Pero las barriadas nacen, crecen y mueren como si fueran seres vivos y el tiempo traería nuevas construcciones y un palacete señorial; la vereda se haría rúa, la venta devendría, por deudas, en almacén de tejidos y, por muerte intestada, en patrimonio público, casa de consumos y contribuciones, ahora agencia del fisco. Del uso original sólo le quedó el nombre y las viejas piedras, que nunca olvidan.

Aquella misma noche hubo cierto clamor de murmullos que cejaría más tarde con un "¡A callarse!" procedente del tejado recién soleado. Alboroto de apagadas voces que discutían historias viejas, acaso espoleadas por una comparecencia casi olvidada después de muchos años.

Un arrastrar de pies había atravesado la puerta del inmueble siguiendo calle abajo y una sombra encorvada, con algo en su mano derecha que parecía un farol, se había alejado por la calle adelante y unos minutos más tarde se perdía en la lejanía. Eran las doce bien cumplidas...

—¿Y ese quién es?—, dijo una voz joven que parecía venir del dintel de la puerta del pazo.

—No sabemos— contestaron tres sillares a coro —, pero sale desde hace un mes todos los días a las doce, poco después de entrar y no vuelve hasta el día siguiente.

—Cierto. Y no es espectro, sino de carne y hueso, que las puertas se abren a su paso. Viene no por gusto, como hicieron tantos otros antes que él, a pagar su deuda—, añadió el cerdito del remate.

—El que paga, descansa, queridas mías—, tronó con una voz gruesa y burlona la vieja laja de piedra que estaba delante de la puerta, —¿o ya no recordáis a los que por aquí pasaron antaño?

—¿Acaso podemos olvidar?—, dijo un rosetón de la esquina del balcón. —Primero putañeros, madames y mancebas, pobres muchachas. Después, recaudadores de contribuciones y algún otro malnacido que extorsionaba a los pobres. ¿Recordáis al primero, todo enjuto, de negro? El aire se helaba a su paso y...

—¡Busca otro recuerdo!— casi gritó la laja. — Todavía siento sus pisadas lúgubres sobre mí todos los 25 de diciembre. No sé sus culpas, pero tardó demasiado en redimirlas, para mi gusto.

—Todos habían trabajado aquí o habían visitado el lugar en demasía—, contaron los sillares. — Pero de éste que ahora viene nada sabemos.

—Algo sabrán mis hermanas del interior. Pasa la pregunta y trae la respuesta—, dijo la laja y como un eco de piedra a piedra penetró en el edificio y lo sumió en murmullos y quejidos. Al cabo de unas horas el susurro de nuevo atravesó la puerta y se convirtió en un cuchicheo.

—¡Cuenta! — habló el cerdito.

—¡Habla! —, gritó el dintel.

—¡Dinos! —, exigieron los sillares.

—¡Poco sabrán! —, añadió despectivo el rosetón.

El amanecer trajo el ajetreo urbano y poco antes de las ocho el vigilante de Aseguranzas, S. L. abrió la puerta, desconectó la alarma y encendió las luces. Como casi todos los días el primer funcionario en llegar fue Luisa Lousada. Se cruzaron el saludo con breves palabras y cada uno puso proa a su tarea sin más preámbulos.

Luisa llevaba poco tiempo en Pedrantiga. Había mejorado de puesto en la última convocatoria de promoción interna, pero le duró la alegría del ascenso tres semanas, más o menos.

No es que no estuviera contenta con el sueldo, no. Además, el pasar de la Inspección de IRPF a la Dependencia Regional de Recaudación, Sección de Apremio, auguraba en principio un trabajo más leve. Pero en sus ensueños profesionales no conta-

ba con los "raros", el tipo de casos que siempre reservaban para el recién llegado.

Los "raros", los de resolución imponderable, eran esos expedientes que iban ascendiendo paulatinamente por las dependencias de la Agencia Tributaria hasta llegar a su despacho: domicilios fiscales que nunca habían dado problemas hasta que un día llegaban todas las notificaciones devueltas porque jamás había existido ese número en aquella calle; empresas fantasmas; contribuyentes cumplidores que habían seguido con sus obligaciones fiscales, incluso hasta diez años después de muertos, y un buen día acumulaban deuda, como no podía ser menos; etc.

Su deber —por algo era la nueva— consistía en averiguar si tendrían algún remedio antes de publicarlos en el Diario Oficial. En muchos casos eran errores burocráticos o fraudes más o menos chapuceros y se solucionaban, pero en otros no quedaba más remedio que mandarlos a la imprenta.

Aquel trece de febrero Luisa se encontró sobre su mesa un curioso legajo. En la esquina superior derecha de la carpeta leyó: "Santa Compañía, S.A., N.I.F.: B-13.13.13". Lo primero que se le pasó por la cabeza mientras sonreía, fue que el nombre era muy adecuado para una entidad fantasma, pero todavía tenía documentos atrasados que solucionar y lo colocó debajo de los otros en la bandeja correspondiente. Concentrada ya en su labor tomó los dos primeros y los metió en el maletín. Ambos

estaban domiciliados en la ciudad y le obligarían a lo que menos le gustaba de su trabajo: patear las calles. Las citas que ya tenía concertadas le ocuparon casi tres horas de la mañana entre bancos, domicilios y comercios. Al volver dejó los expedientes sobre la mesa y bajó a la cafetería. Nunca prescindía de esa media hora aunque estuviese abrumada de trabajo. Para ella era relajante atravesar el denso ambiente del local lleno de humo, de voces que retumbaban en las paredes, de olor dulzón a café, a humanidad, a perfumes variopintos.

Treinta minutos más tarde estaba de nuevo en su mesa y al fijar la mirada sobre el expediente que tenía delante hizo una mueca de enfado. No le gustaba que revolvieran en sus cosas. Los dos documentos que había dejado estaban ahora en la bandeja y el de la Santa Compañía se encontraba de nuevo frente a ella. Miró en todas direcciones y no había nadie en su puesto excepto el jefe, que dejaba ver su cabeza por el ventanal del despacho mientras hablaba por teléfono. "Habrá sido él —pensó Luisa—. Pero si quería que le diese prioridad a esto bastaba con que me dejase una nota en la mesa". Abrió la carpeta con calma y comenzó a leer todos los papeles. Varias citaciones certificadas con acuse de recibo habían sido devueltas. La última venía con una nota de Correos en la que se afirmaba que aquella parroquia, Sta. María de Ameixide, no existía en el municipio de Castro de Rei. Repasó el resto de las hojas y la primera era una fotocopia del alta en el Censo Fiscal. Alguien había escrito a lápiz "Preguntar a Manolo" señalando con una fle-

cha el espacio en blanco donde debía figurar el domicilio. La fecha del alta era el veinticuatro de junio del año anterior y el sello era de la Delegación de Lugo.

Era bastante extraño que alguien hubiese aceptado un alta en el censo faltando precisamente el domicilio. Se giró hacia el ordenador, tecleó su clave y después el NIF de la empresa. Le faltó tiempo a la máquina para poner "Sin datos" en la pantalla. Luisa no se amilanó e introdujo la razón social con mejores resultados. El número fiscal no comenzaba por 13 sino por 27, como era de esperar, pero el resto coincidía. En "domicilio" alguien había escrito "En curso" y el programa lo había aceptado como nombre de una calle. La cosa empezaba a oler a chamusquina. Cogió el listín telefónico interno y llamó a Lugo. Luego de esperar un rato consiguió comunicar con el responsable de la sección del censo.

— Agencia Tributaria, dígame.

— Le llamo desde Pedrantiga, de la Sección de Apremio, soy Luisa Lousada y querría hablar con Manuel, del Censo.

— Un momento, que le paso. — La musiquilla sonó durante un breve rato y al poco una voz se escuchó al otro lado.

— Soy Sancosmed, de Censo, Manolo está de baja, dime...

—¿Está enfermo? Es un problema, pues quería hablar con él de un alta que se hizo hace unos años y en la que no figura el domicilio de la empresa. El NIF es B- 27.13.13...

—Un momento..., —se escuchó teclear al otro lado del teléfono. —Sí. Ya sé. Ciertamente es un problema. Ameixide fue una antigua parroquia del municipio de Castro de Rei, pero ahora no existe como tal y sólo quedan cuatro casas, el cementerio y las ruinas de lo que fuera iglesia en el pasado. Calles no existen más que dos, la carretera, antiguo camino real, y una transversal que la cruza después de las casas y que va al cementerio, por mal nombre "Rúa de Ánimas". Nadie conoce allí tal compañía y hasta no te contestan demasiado bien los vecinos cuando insistes en preguntar por la Santa Compañía.

—Entiendo...

—La baja de Manolo tiene que ver algo con esto. Le apretaron bastante los tornillos por culpa de no figurar el domicilio y ahora está, según creo, con depresión. Fue él personalmente por allí en varias ocasiones intentando obtener algún dato, pero empezó a adelgazar y a ponerse como enfermo, y pidió la baja hace unas semanas.

—Pues necesito hablar con él. ¿No me puedes facilitar sus señas?

—El teléfono no, pero sí su dirección. Si quieres más tendrás que pedirlo por escrito de forma oficial, ya sabes...

—De acuerdo. Con eso bastará por ahora.

Luisa tomó la dirección y dio las gracias. No estaba interesada en perseguir a un compañero sin razón y prefería hablar personalmente con él antes de recurrir a nada oficial. Pidió permiso para ir dos días más tarde a Brántegas, un pequeño pueblo que había a mitad de camino entre Lugo y Pedrantiga, donde residía Manolo. Después siguió con los demás expedientes que tenía sobre su mesa.

Terminada la jornada el edificio se cerró. Al cabo de unas horas y según retumbaban doce campanadas por el barrio, las escena de la noche anterior se repitió y las piedras esperaron a que el aparecido se alejase para comenzar a hablar.

—Veréis, —comenzó la laja. —Este pobre hombre, que cada vez está más flaco, sube siempre por la escalera al mismo despacho y se acerca a la mesa. Cuando intenta tomar con sus manos unos papeles que hay sobre ella algo lo detiene como si pantalla hubiese en el aire y torna por donde vino con gran pesadumbre.

—¿Qué despacho? —preguntaron los sillares.

—El de recaudación. —Respondió la laja.

—¿Y?, —dijo el rosetón.

—Deudas de dineros. —afirmó con voz rotunda el dintel del pazo.

—Sin duda. —Añadió el cerdito desde su altura.

—Algo más hay, —dijo la laja. —Que allí pone Sección de Apremio, bien me lo contaron, pero el apuro es otro que por allí pasan muchos apremiados, que lo son por deudas mundanas y las arreglan pagando, pero la de éste algo parece no ser de este mundo.

—Flaco va, que las ropas le sobran en demasía, —añadió el dintel.

—Y encorvado, —dijo el rosetón —que parece pesarle la tarea...

—¡La penitencia! —Murmuraron los sillares. —que guía de muertos parece y no es oficio saludable, si no ha cambiado desde antaño.

—¿Qué oficio es ése? —Preguntó el cerdito de piedra.

—Siempre olvidamos que vosotras soy piedras "vilegas", —dijeron a coro los sillares. —Aquí os labraron y aquí os colocaron sin ver más mundo. Pero a nosotros nos trajeron de las ruinas del castillo del páramo, en Rochamundi. Y allí...

— ¡Ahora va a resultar que sois cosmopolitas!,
— dijo la laja con sarcasmo.

— Dejadles hablar, — tronó el dintel.

— Allí, como decíamos, estábamos a poco del viejo camino del camposanto. — Siguieron los sillares. — Muchas noches vimos durante años como llegaba alguien con un farol, en torno de las doce, y en seguida era rodeado de unas luces. Unas veces salía la procesión en una dirección y otras en la contraria. Siempre él delante con la lámpara. A donde iban no lo sabemos. Con el tiempo cambiaban los guías y había más lucecillas o menos, pero la representación era la misma. Hasta que un año el guía salió del propio castillo. Con su porte erguido y finas ropas, las primeras veces, iba el señor del Paramo, Don Enrique. Altanero y malasangre, no tenía buena fama en toda la comarca, pero aquel oficio lo fue doblando hasta que una noche ya no salió del castillo. Otro hombre apareció con el farol. Don Enrique nunca volvió a ser el mismo de antes y meses después abandonó el lugar para siempre. Cuando él murió, sus herederos ni tan siquiera lo enterraron allí con sus antepasados y dejaron olvidada la fortaleza, que fue derruyéndose. Las hiedras comieron los muros y la maleza se hizo allí señora para siempre.

— Poco nos aclara vuestra historia — dijo el rosetón, — que seguimos sin saber por qué viene éste aquí y a dónde va.

— La Estantigua. — Respondieron los sillares. — Así le llamaron los criados del señor cuando los vieron una noche salir de procesión. Las luces son almas en pena y el guía está atado a ellas por algo que hizo o que no hizo, y paga así su deuda. Van por los caminos toda la noche al encuentro de alguien, o a las casas a anunciar cosas a sus vecinos. Y acaso a eso salga éste, que aunque no veamos las luces pueden estar a esperarlo en algún cruce para iniciar la ronda macabra. Según contaban, no se librará hasta que hallen a otro de camino, recoja el farol y pase a ser el nuevo guía.

Las piedras bajaron el volumen de sus voces según comenzaron a aparecer viandantes por la calle y con el alba se hizo el silencio definitivo.

Llegado el día, Luisa visitó a Manolo en su casa de Brántegas. La recibieron a media mañana, pues se levantaba ya pasadas las diez. Su aspecto, aunque de cara colorada y de color vivo, era demacrado. Ella no lo conocía de antes, pero cuando él le dijo que había adelgazado 20 kilos, no lo dudó. Lo que más le impresionó fue su semblante triste y un tic que tenía que le hacía mirar hacia atrás de vez en cuando, por encima del hombro derecho. Al salir, después de casi dos horas de conversación, cualquiera que la viese pensaría que iba echando pestes, pero sus sentimientos en aquel instante no eran tan simples. La pena por aquel hombre, la frustración por no haber obtenido casi ningún dato que le permitiera cobrar la deuda y, sobre todo, la

sensación de amenaza que le sugirieron las últimas palabras de Manuel con su mirada, si no maligna sí algo provocadora, se acercaban más a la realidad. Pero otro desasosiego que ella parecía no querer reconocer era que, a pesar de su aspecto de hombre enfermo, se sentía muy atraída por él, por su voz suave y casi de barítono, por sus ojos, por sus manos, por su forma de expresarse.

Manuel conocía del servicio militar a quien había ido a solicitar el alta de la sociedad. No había domicilio porque, como le había dicho él, en Ameixide no tenían calle ni número en las casas. Pero como el programa del ordenador exigía algo había puesto "en curso", medio en broma, dado el nombre de la sociedad que habían escogido. Estuvo a punto de poner "camino del camposanto", pero en el último momento decidió no hacerlo por un cierto pudor supersticioso. Lo que pasó casi un año después lo dejó helado. Los cuatro socios de aquella compañía habían muerto en accidente de tráfico al empotrarse contra un árbol a pocos metros de sus casas. Todos eran vecinos del lugar y el entierro fue una manifestación de duelo de la que se habló durante meses en toda la comarca. Cuatro jóvenes solteros y de familias vecinas fueron un golpe muy duro para aquel rincón de una Galicia rural que envejecía y se despoblaba. Con ellos se habían ido las esperanzas de muchos y la ilusión de cuatro familias de labradores. Su pequeña empresa de suministros agrícolas murió poco después de nacer dejando deudas y un gran dolor en todo el territorio que ellos servían. Sus familias corrie-

ron con los desembolsos a los acreedores — tenían a honra no deber dinero —, pero el viejo espíritu labriego de pagar los menos tributos posibles ignoró cualquier deuda fiscal. Y no era fácil obligarles, pues los cuatro socios eran mayores de edad y sin bienes a su nombre que alguien pudiese heredar.

Al final, Manuel le dijo a Luisa que era mejor que dejara correr el asunto, por su propio bien, que él estaba enfermo por andar removiéndolo. Y si era posible que no pusiera anuncio ninguno en el Diario Oficial. Pero, dado su carácter, eso era imposible y así, unos meses más tarde, salió publicado en el DOGA nº 113, del martes 12 de junio de aquel año, pag. 7859, lo siguiente:

Agencia Tributaria. Providencia de constreñimiento. Edicto de 7 de mayo del año en curso. Delegación especial de Galicia.

No siendo posible notificar el procedimiento de referencia, a pesar de los esfuerzos realizados, se cita al interesado que figura en este anuncio, para que, en el plazo de diez días contados a partir del siguiente de esta publicación, pase a retirar personalmente o mediante representante la notificación que se indica, en la Delegación Especial de la AEAT de Galicia, sita en la calle Rúa do Fisco, 7 de Pedrantiga.

Transcurrido el citado plazo sin la comparecencia las notificaciones se entenderán producidas pa-

ra todos los efectos legales desde el día siguiente al del vencimiento del plazo antes señalado.

Interesado: Santa Compañía, S.A.
Calle: Desconocida.
Población: Ameixide-Castro de Rei.
Provincia: Lugo.
NIF: B - 27.13.13
Procedimiento: De carácter recaudatorio.
Órgano: Dependencia Regional de Recaudación."

Los días fueron pasando sin pena ni gloria, con el decurso natural de los procedimientos. Pequeñas y grandes cosas que se solucionaban con el trabajo diario y mayor o menor voluntad de las partes implicadas. Pero a ella, a pesar del tiempo transcurrido, no se le habían olvidado las palabras de Manuel, la mirada fija en sus ojos al decirlas. No en vano descendía de la "santa do Inciñán", su bisabuela Antona, y las viejas historias rebullían en su cabeza. La Estantigua, la Estádea, la Compañía, antiguos nombres para una misma cosa. Recordaba entre feliz y sorprendida todos los viejos remedios para protegerse de ella, para no caer en su encantamiento. Luisa sonrió al recordar todo aquello y salió de su ensueño con el sonido del teléfono.

— Buenos días. ¿Luisa Lousada?

— Sí. Soy yo.

— Soy Manolo. Te llamo por el asunto aquel de Ameixide. Ya veo que al final publicasteis el anuncio en el DOGA.

—Sabes que no había más remedio. Al no poder localizar a nadie, quedaba ese requisito legal ineludible.

—Bien. Pues si aún estás interesada podríamos quedar ahí en Pedrantiga, claro que tiene que ser fuera del horario normal de trabajo. Mañana, de noche, a las doce menos cinco. ¿Te parece bien? Antes no podría.

—¿A esas horas? No lo entiendo. Qué me vas a contar tú que no puedas contar en otro momento.

—No se trata de contar. Pusiste el anuncio y yo sólo soy el representante. Reconozco que la hora es atípica, pero te aseguro que este asunto también lo es. Claro que si no quieres tampoco pasa nada. Supongo que ellos lo solucionarán de una forma o de otra.

—¿Ellos? ¿Pero no habían muerto?

—¿Voy o no voy?

—Bien. ¿Dónde quedamos?

—Ahí mismo, en la puerta, yo estaré puntual. No me queda más remedio...

—De acuerdo. Entonces, hasta mañana.

Luisa no se asustaba fácilmente y menos a aquellas horas, que todavía circulaba gente por la calle dado el buen tiempo que estaban disfrutando. No sabía en que iba a terminar aquella cita, pero en otras ocasiones había tenido que acudir a los lugares más inesperados y con personas de lo más curioso que uno se pueda imaginar. Además, a Manolo ya lo conocía y le parecía inofensivo.

A la mañana siguiente desempeñó su trabajo con aparente naturalidad, aunque la procesión iba por dentro. Consiguió dar circulación a tres expedientes más, pero a la hora de salir aún estaba trabajando. Por alguna razón recordó a su bisabuela y una de las historias más contadas en su familia. Aquella ocasión en que no sólo se libró del encantamiento sino que había conseguido retener a su antojo a la misma Estádea hasta que aceptaron sus exigencias. O al menos así lo contaban. Luisa deseó haber conocido a aquella mujer, Antona, la vieja matriarca que había sacado adelante a toda su familia. Que habiendo enviudado joven y con cinco hijos a su cargo, era capaz de plantarse ante vivos o muertos por defender a los suyos.

Antes de marchar se quedó hablando un rato con las limpiadoras para pedirles un favor y después dejó el edificio con paso decidido.

A la hora pactada llegó puntual Manolo, pero ella estaba allí desde hacía un buen rato.

— Bien. Tu dirás. — Dijo Luisa.

—Pasemos al interior, —respondió Manolo mientras la puerta se abría y les franqueaba el paso. Ella ni pestañeó y ambos subieron por las escaleras hasta el despacho. El pequeño flexo de su mesa estaba encendido tal como ella les había pedido a las limpiadoras que lo dejaran. Mientras ellos se sentaban uno a cada lado de la mesa la puerta exterior se cerró de nuevo y los murmullos renacieron en la calle.

—¡Esta si que es buena! —dijo el cerdito. —
¡Ahora son dos los que vienen!

—¿Qué irán a hacer? —preguntó el dintel.

—¡Es una trampa! —dijeron los sillares. —
Quiere pasarle a ella el encantamiento y así librar-se el condenado.

—Callad y no seáis agoreros, —respondió la laja. —Voy a preguntar a las de dentro lo que está pasando.

No bien había hablado la última piedra cuando unas luces como pequeñas llamas fluctuantes aparecieron a la altura de la cornisa y una tras otra penetraron en el edificio a través de las paredes.

—Ahí están, —dijeron los sillares. —Vienen a por ellos. Nadie puede esconderse de la Estantigua.

—Yo no he visto nada, —contestó el cerdito del tejado.

—Yo sí, —añadió el rosetón. —Y nunca había visto nada parecido en todos estos siglos.

—¡Callad! —Gritó la laja. —Qué no puedo oír lo que me cuentan.

Las piedras enmudecieron y al cabo de una hora, más o menos, la puerta se abrió y por ella salieron Luisa y Manolo con las caras alegres y hablando en voz baja entre ellos. Sus pasos se alejaron calle arriba y, cuando ya habían desaparecido al pasar la esquina, cuatro luces atravesaron en hilera la entrada y la puerta se cerró de golpe. Se encaminaron en dirección contraria a la pareja y se fueron elevando hasta que desaparecieron en la lejanía.

—Ahora sí que las he visto, —exclamó el cerdito del tejado. —Y parecían llevar prisa.

—Se han quedado sin guía y tienen que volver antes del amanecer a su descanso, —contestaron los sillares. —Algo pasó ahí dentro, que no pudieron con ellos.

—Que cuente ella lo que sabe. —Reclamo el rosetón.

—No os lo vais a creer, —dijo la laja. —¡Qué mujer!

— Cuenta de una vez. — Exigió el cerdito.

— ¿Qué pasó? — Añadió el dintel.

— ¿Cómo fue? — Dijeron a coro los sillares.

— Al parecer estaban los dos sentados en la penumbra de una lámpara de mesa cuando las cuatro luces se pararon justo en el aire en medio de los dos. — Comenzó su historia la laja de piedra. — Él, nada más verlas, dijo que como habían sido citados públicamente allí comparecían los cuatro miembros de la sociedad. Pero la muchacha no se amilánó, abrió una carpeta y puso delante el expediente con la liquidación de la deuda, incluidas sanciones, intereses de demora y gastos.

— ¿Y pagaron? — Preguntó el rosetón.

— Pagaron. — Contestó la laja. — En metálico. Sobre la mesa apareció un montón de cuartos en moneda vieja, pesetas y céntimos incluidos, todos sucios de tierra como si procedieran de un viejo tesoro. Entre el hombre y la mujer los contaron y no faltaba ni un patacón. Pero lo mejor vino luego.

— ¿Qué sucedió? — Preguntó el cerdito.

— Reclamaron a la mujer como su nuevo guía dando libertad al hombre, — respondió la laja.

—¡Veis como nosotros teníamos razón! —Casi gritaron los sillares.

—Callad vosotros y tú sigue contando. —Dijo el dintel, con voz de trueno.

—Ella ni pestañeó —siguió la laja, —Firmó un recibo en papel oficial y se lo entregó al hombre. Después les dijo que ni ella ni él serían sus guías. Les advirtió que en el suelo había un círculo marcado alrededor de los dos; que la Estádea había penetrado dentro de él sin respetarlo y ahora tenía que cumplir sus exigencias si quería salir de allí. Después de un silencio prolongado se escuchó por primera vez una voz grave que le preguntó que pedía ella. La respuesta la dijo en tono tan bajo que mis compañeras no pudieron oírla bien, pero la voz misteriosa aceptó y al poco rato el hombre y la mujer abandonaron el despacho llevándose el dinero con ellos.

—¿Y las luces? —Preguntó el cerdito.

—Se fueron después de haber salido ellos. —Siguió la laja. —Y mis compañeras me contaron que sí, que había un círculo pintado sobre ellas con tiza en el centro del cual estaban la mesa y las sillas donde los dos estaban sentados, pero en la penumbra no se podía ver.

—Buena artimaña, —dijeron los sillares. —Así se libraron los dos.

—¡Vivir para ver! —Sentenció el barroco rose-
tón.

Las piedras siguieron comentando lo sucedido hasta que las primeras luces de la mañana las acallaron. Luisa volvió puntual a su trabajo, pero aquella mañana pidió permiso para salir y se fue directa a la catedral, a la capilla de las ánimas. Sacó un pequeño paquete del bolso y vació poco a poco su contenido en el cepillo, moneda a moneda, hasta que todo el importe quedó amontonado en su interior. Siguió allí un breve rato y después volvió a su trabajo. Había pensado entregar en caja el dinero, pero tendría que dar demasiadas explicaciones, por ejemplo, de como había dado un recibo con su propia firma cuando no estaba autorizada para eso. Manolo se había quedado a dormir en Pedrantiga y a la hora de salida pasó a recogerla para ir juntos a un restaurante. Por primera vez en mucho tiempo sentía verdaderas ganas de comer, pero ni cuenta se dio pues toda su atención estaba puesta en Luisa.

Un par de años después el expediente estaba prearchivado a la espera de que pasase el plazo para su prescripción. Pero ellos guardaron aquel recibo y esperaban poder enseñárselo a su hija Antona, que ya gateaba por el suelo, cuando fuese mayor.

Nota del autor:

De alguna manera está inspirado en un hecho real. A primeros de junio de 2001 salió publicado en el Diario Oficial de Galicia un requerimiento similar por deudas con la Agencia Tributaria, por parte de una empresa cuyo nombre era precisamente "Santa Compañía". Me hizo gracia, lo fotocopié y de ahí salió un nuevo relato de Pedrantiga.